



Consejo Económico y Social

Distr. general
17 de noviembre de 2014
Español
Original: inglés

Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer

59º período de sesiones

9 a 20 de marzo de 2015

Seguimiento de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer
y del período extraordinario de sesiones de la Asamblea General
titulado “La mujer en el año 2000: igualdad entre los géneros,
desarrollo y paz para el siglo XXI”

Declaración presentada por la Fundación Budista Tzu Chi, organización no gubernamental reconocida como entidad consultiva por el Consejo Económico y Social

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 36 y 37 de la resolución 1996/31 del Consejo Económico y Social.



Declaración

La Fundación Budista Tzu Chi, que fue fundada en 1966 por una monja budista, la venerable Maestra Cheng Yen, en una zona rural y pobre de la costa oriental de la provincia china de Taiwán, es un ejemplo destacado de la manera en que el empoderamiento de las mujeres gracias a su propia acción puede contribuir a crear una conciencia igualitaria y una conciencia ambiental basadas en la compasión y fortalecidas por la filosofía budista. Mientras llevaba una vida monástica simple y austera, la Maestra Cheng Yen vio cómo a su alrededor los pobres padecían por la falta de alimentos, medicinas y vivienda. Para responder a esta situación, ella y sus 30 discípulas, todas las cuales eran amas de casa, pusieron en marcha una sencilla campaña popular consistente en ahorrar tan solo dos céntimos al día a fin de ayudar a las personas menos afortunadas a satisfacer sus necesidades humanas más básicas: el agua, los alimentos, la vivienda, las medicinas y, lo que es más importante, la dignidad. Estos elementos pequeños, mínimos y aparentemente triviales, tomados conjuntamente o incluso cuando se consideran por separado, pueden tener efectos significativos no solo para la seguridad y la protección, sino también para el empoderamiento de las mujeres y otros grupos marginados. Aunque ahorrar solo dos céntimos al día parece pequeño e insignificante, la intención, la fe y la esperanza pueden tener efectos insuperables a largo plazo. Lo que comenzó como una pequeña campaña de base popular, iniciada por la buena voluntad y la compasión de un puñado de mujeres, se ha convertido en una organización mundial y una comunidad de más de 10 millones de voluntarios y donantes en 50 países. Gracias al liderazgo y la iniciativa de los voluntarios locales, que en su mayoría son mujeres, la Fundación ha proporcionado ayuda humanitaria, programas para la comunidad y socorro en situaciones de desastre en más de 85 países de todo el mundo.

Hoy en día, la Fundación Budista Tzu Chi continúa haciendo grandes progresos en el empoderamiento de la mujer. Por ejemplo, la creación del arroz jing-si por las monjas Tzu Chi de la provincia china de Taiwán tiene una gran importancia para la protección de la dignidad humana y los derechos humanos básicos. El arroz jing-si es un recurso alimenticio nutritivo que no requiere ser cocinado, sino que basta con añadirle agua caliente o agua a temperatura ambiente. Al igual que la acción de ahorrar dos céntimos al día, el arroz jing-si, que puede parecer algo pequeño e insignificante, también encierra el potencial de salvaguardar la vida y la dignidad humanas. Las mujeres y las niñas, particularmente las refugiadas y las desplazadas internas, se enfrentan a una serie de obstáculos cotidianos que muchos habitantes de las regiones y ciudades desarrolladas tal vez ni siquiera imaginan, como el acto de cocinar o, más concretamente, lo que se necesita para cocinar. Según la Comisión de Mujeres Refugiadas, “las mujeres y los niños, y especialmente las niñas, suelen estar encargados de cocinar las comidas familiares, y su salud y seguridad se ven amenazadas todos los días cuando salen a buscar combustible para cocinar, a menudo recorriendo hasta 10 o 20 km en el bosque para encontrar leña”. La introducción del arroz jing-si elimina la necesidad de calentar el agua para la comida, lo cual hace innecesaria una tarea tan dura y que requiere tanto tiempo, y que en las comunidades patriarcales tienen asignada las mujeres. Las cualidades muy simples del arroz jing-si, que es fácil pasar por alto, son las que pueden representar la diferencia entre la vida y la muerte para esas mujeres y niñas. Sin embargo, antes de que esta forma de empoderamiento pueda siquiera comenzar a tener algún efecto, las personas necesitan tener una educación decente.

Confucio dijo en una ocasión: “Si planeas para un año, siembra arroz; si planeas para una década, planta árboles; pero si tus planes son para 100 años, imparte educación”. Una sociedad verdaderamente libre, que esté gobernada para el pueblo y por el pueblo, no será posible si el pueblo no está educado. Además, una sociedad libre no puede existir si el pueblo no está en condiciones de ser educado y, más adelante, empoderado. Con esta convicción, que Tzu Chi sostiene conjuntamente con el budismo, la Fundación ha puesto en marcha programas de educación y ha construido escuelas en países como Haití y Sudáfrica. Aunque la creación del arroz jing-si tenía como finalidad proporcionar comidas instantáneas a las víctimas de los desastres que se encuentran en condiciones de inseguridad, el valor y la importancia del arroz están en que no requiere agua caliente y puede utilizarse para promover el vegetarianismo, que es una manera de comer sostenible y más ética. Junto con el empoderamiento de las mujeres mediante la educación, esta promoción de la alimentación ética y del vegetarianismo es parte de los diversos programas humanitarios de la Fundación Tzu Chi en todo el mundo.

Por ejemplo, en Sudáfrica y Haití, como parte de los programas educativos de la Fundación Tzu Chi se enseña a las mujeres de comunidades rurales, que a menudo están en una situación de peligro, a cultivar sus propias hortalizas. Con frecuencia las hortalizas recolectadas suelen bastar para alimentar a las familias y comunidades de las mujeres, y en algunos casos estas venden sus excedentes de productos a cambio de efectivo. En las comunidades zulúes de Durban, en Sudáfrica, se empodera a las mujeres con técnicas prácticas y necesarias para que sean autosuficientes. Más de 5.000 de esas mismas mujeres zulúes se han convertido en voluntarias de Tzu Chi. Gracias a su labor de contribuir a erradicar el hambre y la pobreza mediante el aumento del nivel de vida, la promoción de la participación social y la adquisición de nuevos conocimientos para la vida cotidiana, la Fundación Tzu Chi ha empoderado a las comunidades para que sean más autosuficientes. Al igual que las iniciativas de la Fundación en Sudáfrica, sus proyectos en Haití también ayudan a los ciudadanos de ese país a alcanzar una mayor autosuficiencia, pero en una escala aun más amplia. Con el apoyo y las actividades de colaboración de los socios católicos de Tzu Chi, la Congregación de las Hermanas de Santa Ana, la Fundación ha construido o reconstruido tres escuelas en Puerto Príncipe, lo cual constituye una muestra de determinación interconfesional, basada en la fe y en el voluntariado. Para construir una sociedad libre, igualitaria y ambientalmente sostenible, hay que construir escuelas y dotarlas de lo necesario, y los niños deben tener la posibilidad de recibir una educación que les ayude a determinar su propio futuro y el de sus comunidades.

Como reflejo del compromiso de la Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres con la idea de que los seres humanos tienen derecho a realizar su potencial en beneficio de los demás, los voluntarios de la Fundación Tzu Chi pasan a la acción siempre que descubren alguna persona necesitada, recurriendo al sistema de bienestar establecido y supliendo sus deficiencias. Los receptores de la caridad alcanzan gradualmente la seguridad económica y, al igual que las mujeres zulúes que se hicieron voluntarias, descubren que enriqueciéndose en amor y compasión también pueden ayudar a otras personas que se hallan en situaciones difíciles y conocer la felicidad de dar y ayudar a los demás, particularmente en sus propias comunidades. Esta conciencia es lo que lleva al empoderamiento, tanto de las mujeres como de los hombres.

La filosofía budista se basa en la compasión y el igualitarismo, y en su marco todas las cosas, hombres, mujeres y animales, son tratados con el máximo respeto y compasión. Todo ser viviente debe ser tratado con dignidad y amabilidad, ya que los humanos y los animales experimentan el mismo sufrimiento, los mismos temores y las mismas alegrías; todos sienten dolor, amor y tristeza. La afirmación de que “estamos envueltos en una red ineludible de comunidad, vinculados en el tejido de un destino único” es una convicción y una idea que expresó el Dr. Martin Luther King Jr. en su “Carta desde la prisión de Birmingham”. Del mismo modo, la Maestra Cheng Yen declara que “el auténtico propósito de la ‘liberación’ consiste en comprometerse con una gran ambición, formular grandes votos y dedicar de forma general un gran amor a todos los seres sensibles”. La liberación o, en cierto sentido, el despertar de la conciencia, es el gran amor o el amor universal, que desde la perspectiva del budismo y de la Fundación Tzu Chi equivale a la compasión indiscriminada hacia todos los animales, hacia nuestro medio ambiente y hacia toda la humanidad.
